

la sombra, batían la playa monotonamente, produciendo un ruido semejante al de trapos mojados que se sacuden al aire. El ambiente estaba cálido, el cielo cuajado de estrellas; en los plátanos cantaba un ruiseñor...

Tartarin pagó la cuenta.



X

DIME EL NOMBRE

DE TU PROGENITOR Y YO TE DIRÉ EL NOMBRE

DE ESTA FLOR

DECIDME de los príncipes montenegrinos, y al punto levantaremos la caza.

Al día siguiente de la escena de "Los Plátanos," muy de mañana, ya estaba en casa de Tartarin el Príncipe.

— ¡Pronto, pronto, arriba, vístase!... ¡Ya pareció la moza!... ¡Se llama Baia: veinte años, linda como una hada, y ya viuda!

—¡Viuda! ¡Oh qué suerte! respondió el héroe, que no las tenía todas consigo tratándose de los maridos de Oriente.

—Si; pero muy vigilada por su hermano.

—¡Ah, diantre!

—Un moro feroz que vende pipas en el bazar de Orleans.

Momento de silencio.

—Bueno; usted no es hombre para apocarse por esto, ¡naturalmente! Además, luego conquistaremos á ese pirata, comprándole algunas pipas. ¡Vamos, pronto, vistase, feliz mortall

Pálido, emocionado, con el corazón lleno de amor, el buen tarasconense saltó del lecho, y abrochándose de prisa su amplio calzón de franela:

—¿Qué debo hacer?

—Escribir á la dama, sencillamente, pidiéndole una cita.

—¡Sabe el francés! murmuró con tono donde se revelaba su desilusión, pues soñaba con un Oriente puro, sin mezcla de civilización europea.

—No sabe una palabra, respondió el Príncipe imperturbable. Pero usted va á

dictarme la carta, y yo la iré traduciendo á medida que vaya usted dictando.

—¡Oh, Príncipe, cuánta bondad!

Y el hijo de Tarascón se puso á pasear, midiendo la habitación á grandes pasos, silencioso y pensativo.

No se escribe lo mismo á una mora de Argel que á una modistilla de Beaucaire. A Dios gracias, contaba para salir airoso con sus múltiples lecturas, en las cuales se permitía amalgamar la retórica apache de los indios de Gustavo Aimard, con el *Viaje á Oriente* de Lamartine, y algunas lejanas reminiscencias del *Cantar de los cantares*; y con todos esos elementos, consiguió componer la carta más oriental que se puede imaginar. He aquí el principio de la epístola:

“Como el avestruz en las arenas...”

Y concluía:

“Dime el nombre de tu progenitor y yo te diré el nombre de esta flor...”

A esta misiva hubiera querido el romántico Tartarin unir el envío de un ramo de flores simbólico, con el emblema de todas las pasiones y sentimientos, según usanza oriental; pero el príncipe

Gregory pensó que sería más discreto comprar algunas pipas al hermano de la bella, lo cual suavizaría aquel ánimo feroz, disponiéndolo á mayor benevolencia á su parroquiano, y al propio tiempo, esto agradaría también á la mora, á la que se le regalarían algunas de aquellas pipas, pues le gustaba mucho fumar.

—Entonces, corriente; vamos á comprar las pipas en seguida, exclamó en un raptó de entusiasmo Tartarin.

—No, no, dejadme: yo iré solo. Yo sacaré mejor partido...

—¡Cómo! ¿Usted va á...? ¡Oh, Príncipe, Príncipe, cuántas bondades!

Y el valiente Tartarin, enteramente confundido con la oficiosidad del montenegrino, extendió su portamonedas, recomendándole que no economizase nada con tal que la dama quedase contenta.

Desgraciadamente, el asunto, aunque bien planteado, no caminó tan de prisa como en un principio pudo creerse. Muy conmovida, á lo que parecía, de la elocuencia de la carta de Tartarin, la mora hubiera deseado, seducida de antemano por aquellos recuerdos del ómnibus, etc.,

abrir su morada á Tartarin, como ya le había abierto su corazón. Pero el hermano tenía sus escrúpulos... y para sofocarlos y hacerlos dormir allá en el fondo de



la conciencia, era preciso comprarle docenas y más docenas de pipas, gruesas, enteras, largas...

—Pero ¿qué diablos va á hacerse Baia con tantas pipas? se preguntaba algunas veces el bueno de Tartarin. Pero pagaba

sin titubear, á pesar de aquella dolorosa interrogación.

Por último, después de haber comprado montañas de pipas y esparcido mares de poesía oriental, obtuvo la suspirada, ansiada y anhelada cita amorosa.

No creo que necesito decir con qué palpitations del corazón se preparó nuestro héroe para aquella primera entrevista; con qué cuidado y con qué emoción recortó, abillantó y perfumó su barba de cazador de gorras, sin olvidar—porque es preciso preverlo todo—deslizar en su bolsillo un rompecabezas de agudas puntas y dos ó tres revólvers.

El Príncipe, siempre oficioso y servicial, acompañó á su amigo y protegido á esta primera visita, en calidad de intérprete.

La dama habitaba en la parte alta de la ciudad. Delante de la puerta, un mocillo de trece á catorce años fumaba tranquilamente cigarrillos. Era el famoso Ali en cuestión. Al ver á los dos visitantes, golpeó dos veces en el postigo, y se retiró discretamente.

La puerta se abrió. Una negra apare-

ció al punto, y sin pronunciar una sola palabra, condujo á los dos señores, atravesando un estrecho patio interior, á un



pequeño gabinete, fresco, donde la bella esperaba, recostada contra un muelle cojín y extendida sobre rico tapiz de vivos colores. Al primer golpe de vista, le

pareció á Tartarin ésta más pequeña y más recia que la de la historia del ómnibus... ¿Era la misma, en efecto? Pero esta duda no hizo más que cruzar rápidamente por el cerebro de Tartarin, como un relámpago.

La dama era tan linda, y resultaba tan encantadora con sus pies desnudos, sus redonditos dedos de las manos cargados de cintillos, sus brazos y cuello tan sonrosados, de tez tan fina y delicada; por debajo de su corsé, recargado de adornos, bordados, lentejuelas y pedrería, se adivinaba una personilla tan redondita, tan apetitosa; el recogido de su falda aparecía tan artístico; el humo que la envolvía, como nimbo de gloria, esparcido en nubecillas del narguilé; manejaba entre sus dedos la boquilla de ámbar del aparato con tanta coquetería, que aquel conjunto resultaba de una belleza irresistible y de un atractivo embriagador.

Al penetrar en aquel adorable recinto, el tarasconense llevó las manos á su corazón lo más musulmanamente posible, y se inclinó con una reverencia que po-

cas zalemas se pueden hacer con mayor corrección arábiga.

Baia le miró un momento sin decir nada; después se volvió de espaldas, y no presentó sino su blanca nuca, que bailaba como un saco de perlas agitado por los movimientos de una risa loca, contenida.





XI

SIDI TART'RI-BEN-TART'RI

Si entráis de noche en los cafetines de la ciudad alta de Argel, oiréis hablar, todavía hoy, á los moros allí reunidos, de un cierto Sidi Tart'ri-ben-Tart'ri, europeo; y escucharéis su cháchara, exornada con sonrisas, ora compasivas, ora maliciosas, y con expresivos guiños. Todavía, á pesar de los años transcurridos, no se ha borrado aquel recuerdo.

Este Sidi Tart'ri-ben-Tart'ri vivió en aquellos barrios, en compañía de una mujer llamada Baia, de la vida airada.

El Sidi Tart'ri en cuestión, que ha dejado tan grata memoria alrededor de la Casbah, no es otro—y ya lo habrán adivinado así nuestros lectores—que el mismísimo Tartarin de Tarascón en cuerpo y alma.

¡Qué remedio! Semejantes sucesos ocurren por doquier, trátase de quien se trate; lo mismo en las altas que en las bajas esferas; lo mismo sean los protagonistas hombres vulgares que santos; la vida es un tejido de turbaciones, de caídas, de errores, de ceguedades, de desfallecimientos, y los héroes no escapan á la trama de esta ley humana y funesta. El ilustre tarasconense no se escapó á semejante desdicha durante dos meses, en los cuales dejó dormir en paz á los leones del Desierto, retardando su propia gloria en menoscabo de su heroísmo. Y arrastrado por el amor, consintió dormir el sueño oriental, como Anibal en Capua, entregado á las delicias de la Blanca Argel.

Nuestro héroe había alquilado en el riñón mismo de la vieja ciudad árabe, una linda casita de las primitivas, con patio interior, plátanos, frescas galerías,



corrientes de murmuradoras fuente-cillas. Vivía allí, lejos del vano ruido de la población, en compañía de su mora. Moro él también de los pies á la cabeza, se pasaba el día soplando ó absorbiendo en su

narguilé, y comiendo confites aromatizados con almizcle.

Extendida en un diván enfrente de él, Baia pulsaba la guitarra, ó si se quiere la cítara, gangueando aires monótonos, melancólicos, orientales hasta cierto punto, ó bien para distraer á su señor, bailaba la pantomima de la danza del vientre y las caderas, manteniendo en la siniestra mano una pandereta, y en la diestra un diminuto espejo, donde se miraba sus blancos dientes y hacía gestos más ó menos provocativos.

Como la bella no sabía palabra de francés, la conversación languidecía á veces, y el charlatán hijo de Tarascón se veía obligado á hacer penitencia por las intemperancias de lenguaje, de que tanto abusara en la botica de Bezuquet ó en la tienda de Costecalde.

Mas aun esta penitencia no se hallaba exenta de cierto encanto, pues venía á ser como un *spleen* voluptuoso de que gozaba durante días enteros al lado de su hechicera, escuchando el *glu-glá* del líquido en el narguilé, los sonos del instrumento pulsado por Baia, el murmullo

ligero y constante del agua al caer en las tazas de las fuentes.

La pipa, el baño y el amor llenaban toda su existencia. No salía jamás de su palacio encantado. Algunas veces, Sidi Tart'ri, llevando á la grupa á su bella, se iba, cabalgando una mula ligera, á los alrededores de la ciudad. Allí comían ricas granadas en un pequeño jardín que había comprado precisamente para tales escapatorias... Pero nunca, lo que se llama nunca, había bajado á la anti-pática, á la odiosa villa europea, con sus zuavos en constante francachela, sus alcázares poblados de oficiales, y su eterno ruido de sables arrastrados bajo los pórticos: un Argel insoportable y feo como cuerpo de guardia de Occidente.

En suma, el tarasconense se sentía muy feliz. Tartarin-Sancho sobre todo, goloso hasta más no poder, se había aficionado á los dulzajos turcos, y se declaraba enteramente satisfecho con aquella nueva existencia... Tartarin-Quijote, de vez en cuando experimentaba cierto remordimiento pensando en Tarascón y en las pieles de león prometidas... Pero

este eco roedor de la conciencia no duraba mucho; y para lanzar fuera las tristes ideas, bastaba una mirada de Baia, una cucharadita de sus diabólicas confituras olorosas y embriagadoras como brebaje de Circe.

Por la noche, el príncipe Gregory venía á charlar un poco sobre el Montenegro libre... Con una complacencia incansable, este amable señor cumplía en la casa las funciones de intérprete, y aun las de intendente, y por nada, desinteresadamente. Fuera de él, Tartarin no recibía más que á *Teurs*. Todos estos piratas que en otro tiempo le causaban tanto espanto, al contemplar aquellas caras ocultas en el fondo de las grandes capuchas de sus jaiques, encontró que eran, tan pronto como los trató, excelentes personas, comerciantes inofensivos, bordadores, horteras de comestibles, torneros de boquillas, todos personas bien educadas, humildes, modestos, sencillos, aunque astutos, discretos, y gentes de primera fuerza en materia de juegos á la berlanga. Cuatro ó cinco veces por semana venían estos señores á pasar la

velada con Sidi Tart'ri, á ganarle su dinero, á comerle sus golosinas, y á la hora en punto de las diez, se retiraban discretamente, dando gracias al Profeta.

Detrás de ellos, Sidi Tart'ri y su fiel esposa acababan la velada en la terraza, una gran terraza blanca que cubría todo el techo de la casa y dominaba por completo la ciudad. Alrededor, cientos de otros terrados blancos también, tranquilos bajo la argentada luz de la luna, bajaban escalonándose hasta el mar. Rasgueos de guzlas traía la brisa hasta la feliz pareja...

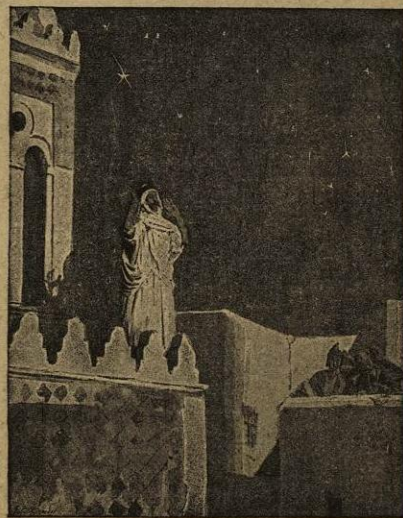
De pronto, como un ramillete de estrellas, una gran melodía clara se articulaba dulcemente en el cielo, y sobre el minarete de la mezquita vecina, un hermoso muezzin aparecía, recortándose la silueta de su blanca sombra en el azul intenso del firmamento, y cantando la gloria de Alá con maravillosa voz, que llenaba los ámbitos.

Al punto Baia dejaba su guitarra, y con los ojos vueltos al muezzin parecía beber la plegaria con delicioso arrobamiento. Mientras duraba el canto, ella permane-

cía embebecida, en éxtasis, estremeciéndose á cada nota, como una Santa Teresa de Oriente.

Tartarin, conmovido, la contemplaba en sus oraciones, pensando en su interior cuán bella y fuerte era aquella religión que podía causar semejantes deliquios de semejante fé.

¡Tarascón, oculta tu faz! ¡Tartarin estaba á punto de renegar la religión de sus mayores!





XII

“NOS ESCRIBEN DE TARASCÓN...”

EN una hermosa tarde de cielo azul y templada brisa, Sidi Tart'ri volvía solo de su pequeño cercado, caballero á horcajadas en su mula. Separadas entrambas piernas por los cojines de paja de la enjalma, doblemente abultadas por cidras y sandías que transportaba el héroe, mecido por el ruido de sus grandes

estribos; y llevando el compás de balín-balán de la bestia, avanzaba por delicioso paisaje, con las manos cruzadas sobre el vientre y adormecido así enteramente por el calor y la sensación de cierto bienestar.

De repente, al entrar en la ciudad, le despertó violentamente una llamada formidable:

—¡Eh, monstruo de suerte! ¡Eh, señor Tartarin!

A este nombre, alegremente pronunciado con acento meridional, el tarasconense levantó la cabeza y distinguió á dos pasos la cara atezada de Barbassou, el capitán de *El Zuavo*, que tomaba una copa de ajeno mientras fumaba su pipa á la puerta de un cafetín.

—¡Eh, adiós, Barbassou! exclamó Tartarin deteniendo su mula.

En lugar de responderle, el marino le miró un momento con los ojos desmesuradamente abiertos, y luego se echó á reír, pero con tal risa, que Sidi Tart'ri se quedó completamente corrido, sentado sobre sus sandías.

—¡Qué turbante, mi pobre Sr. Tarta-

rin! ¿Luego es verdad lo que me han dicho de que se ha hecho usted *Teur?*... Y la pequeña Baia, ¿canta todavía con aquella gracia que le es propia la canción de *Marco la Belle?*

—¿*Marco la Belle?* Sepa usted, capitán, que la persona de que usted habla es una honrada joven mahometana, y que no sabe una sola sílaba de francés.

—¿Que Baia no sabe francés? ¿De qué nido se ha caído usted?

Y el capitán volvió á soltar la carcajada estrepitosamente.

Después, al ver la cara larga que ponía Sidi Tart'ri, se contuvo.

—Sin duda no es la misma, y yo me he confundido; la confundo con otra, seguramente, amigo Tartarin. Pero de todos modos, usted hará bien en desconfiar de estas moras de Argel y de los príncipes de Montenegro.

Tartarin se levantó en los estribos, é irguiendo la cerviz exclamó:

—¡El príncipe es mi amigo, capitán!

—Bueno, bueno; no nos incomodemos por tan poco... ¿Quiere usted tomar una copa de ajeno? ¿No? ¿No tiene usted nin-

gún encargo que darne para el país? ¿No hay que decir nada, eh? Corriente. Entonces, buen viaje... A propósito, compañero; tengo aquí buen tabaco de Francia, si quiere usted llevarse alguna pipa... Tome usted, tome con confianza; esto le sentará á usted bien. Este maldito tabaco de Oriente tiene la culpa de que se me embrolle la cabeza.

Por lo demás, el capitán volvió á su ajenjo, y Tartarin, cabizbajo, emprendió al trote el camino de su casita.

Aunque su alma magnánima rechazaba todo, no creía nada de aquellas insinuaciones malévolas de Barbassou, la conversación le había entristecido. Además, aquellos acentos maldicientes y aquel lenguaje crudo, sin ambages, propio del Mediodía de Francia, habían despertado en su conciencia vagos remordimientos.

Encontró la casa desierta. Baia había ido al baño... La negra le pareció más que fea, horrorosa; la casa, triste... Presa de indefinible melancolía, fué á sentarse cerca de la fuente, cargando una pipa con el tabaco de Barbassou. Este tabaco estaba envuelto en un pedazo de

El Semáforo. Al desliarlo le saltó á la vista el nombre de su pueblo natal.

“Nos escriben de Tarascón:

„La ciudad está llena de angustias.
„Tartarin, el cazador de leones, que marchó en busca de los grandes felinos de
„África, se ignora lo que es de él. Se carece de noticias tuyas hace muchos meses. ¿Qué le ha sucedido á nuestro heroico compatriota? Apenas nos atrevemos á preguntárnoslo, conociendo como conocemos este espíritu fantaseador, la audacia de su carácter, la necesidad y ansia insaciable de aventuras.
„¿Ha quedado enterrado, como tantos otros, en las arenas del Desierto, ó ha sido devorado por uno de esos monstruos del Atlas, por una de esas fieras terribles cuya piel había ofrecido á la
„municipalidad? ¡Terrible incertidumbre!

„A pesar de todo, tal cual mercader negro venido á la feria de Beaucaire pretende que ha sido visto en pleno desierto un europeo cuyas señas convienen con las de nuestro compatriota, y

„que se dirigía hacia Tumbuctu... ¡ Dios
„defienda á nuestro Tartarin!„

Cuando leyó las anteriores líneas, nuestro buen tarasconense enrojeció, palideció, se estremeció. Todo Tarascón se le apareció de pronto; el Círculo, los cazadores de gorras, el sillón verde en casa de Costecalde., y supeditándolo todo, por encima de todo, el formidable bigote del valiente comandante Bravida.

Entonces, al verse allí, cobardemente sentado en un tapiz, mientras que se le creía matando fieras, Tartarin de Tarascón se avergonzó de sí mismo, y... lloró.

De repente el héroe dió un salto:

—¡Al león, al león! gritó.

Y lanzándose al polvoriento reducto donde dormía la tienda de campaña, el botiquín, las conservas, la caja de las armas, arrastró todo en medio del patio.

Tartarin-Sancho acababa de morir, y no quedó en Tartarin más que el Tartarin-Quijote.

El tiempo preciso para inspeccionar su material, para armarse, para ataviarse, para pertrecharse, para calzar sus

grandes botas, para escribir dos líneas al Príncipe, confiando á su buena amistad el cuidado de Baia; el tiempo necesario para meter en un sobre algunos billetes del Banco, humedecidos con sus lágrimas, fué el que permaneció Tartarin el intrépido en su casa. Pocos momentos después, rodaba metido en diligencia por el camino de Blidah, dejando estupefacta á la negra en la morada ante el narguilé, el turbante, las babuchas, todo el despojo musulmán de Sidi Tart'ri tirado por todas partes, bajo las pequeñas hojas blancas de trébol de la arcada galería.

